

la Francia, que no solamente le rindió homenaje como virey español, sino también como príncipe del imperio, en cambio de los territorios que en caso de guerra con el Austria conquistaría con el auxilio de la Francia, así como del Palatinado rhiniano que se quitaría á sus parientes de la línea de Neuburg. Entró también en este convenio traidor el hermano del elector, aquel príncipe de la Iglesia, arzobispo y príncipe elector de Colonia, José Clemente, que debía este elevado puesto únicamente á la influencia del emperador, y que ahora también le hizo traición á él y al imperio á despecho de la oposición violenta del cabildo de su catedral y de los representantes del país. Lo mismo hicieron otros dos magnates del imperio alemán, los duques de Brunswick y de Wolfenbuttel, resentidos de la preferencia que el emperador había dado á la línea menor de su familia, ó sea la de Hannover, para el nuevo electorado. Ambos duques se pasaron á la Francia poniendo en pie de guerra un fuerte ejército gracias á subsidios franceses.

La Italia española, es decir, Nápoles y Sicilia, no hicieron más resistencia que la Bélgica y reconocieron al nuevo rey borbónico. Los duques de Saboya y de Mantua hacia tiempo que eran aliados de la Francia, y como vecinos del importante ducado de Milán dejaron que un ejército francés entrara en el país y en la capital, cuyo gobernador, el príncipe Lorenés de Vaudemont, lo recibió perfectamente. ¡Cuán pocas raíces había echado la dinastía de Habsburgo durante los dos siglos que había ocupado el trono de España!

El Portugal, contento de ver garantida de nuevo su independencia en el testamento de Carlos II, se obligó á defender á la España contra cualquier ataque.

Luis XIV no se durmió por esto. Desde el otoño de 1700 activó sin descanso sus armamentos. Las milicias hubieron de ingresar en sus filas para la defensa de las fronteras á fin de dejar disponibles 50,000 hombres de tropas regulares para el servicio de campaña, y además añadió al ejército otros 50,000 infantes y 16,000 caballos, de modo que la Francia tenía en pie de guerra un ejército activo de 200,000 hombres, al cual habían de añadir sus aliados 60,000 ó 80,000 más. Apoyado en semejantes fuerzas bien podía aguardar tranquilo el poderoso rey de Francia las resoluciones que tomara la corte de Viena.

CAPITULO II

LA GRANDE ALIANZA EN DESVENTAJA CONTRA LUIS XIV

La noticia del testamento de Carlos II no sacó al emperador por lo pronto de su equilibrio normal ni de su incomparable beatitud. Su consejero más capaz, el conde de Kaunitz, le excitó en vano á tomar una resolución; el emperador le contestó que Carlos tenía todavía por delante mucho tiempo de vida, y que antes de morir modificaría su testamento á favor de la familia de Habsburgo. Pero á medida que las noticias sucesivas respecto de la salud del rey de España fueron siendo más graves, empezó Leopoldo á despertar poco á poco de su seguridad soberana é hizo notificar al gabinete de París su disposición á entrar en negociaciones sobre la base de la repartición de la monarquía española. Ya era tarde, porque casi simultáneamente llegaron una tras otra á Viena la noticia del fallecimiento de Carlos II, la de la proclamación de Felipe V en España, y la de la aceptación del testamento por el gabinete de Versalles.

En tan críticos momentos y en medio del desaliento general, Leopoldo I mostró una energía que nadie habría esperado de él. La razón era que arrebatándole la herencia

española se atacaban, según su modo de ver, sus derechos más sagrados, derechos que emanaban directamente de Dios mismo, y en casos tales no era Leopoldo hombre de hacer concesiones. Valor necesitaba para retar solo sin aliados poderosos á la Francia, la España, Portugal, Saboya, Mantua, Baviera, Colonia y Brunswick, es decir, para arrojarle á luchar contra toda la Europa neo latina y una parte notable de la germánica. Contaba, sí, con el auxilio de sus tres protegidos, los soberanos de Brandeburgo ó sea de Prusia, de Hannover y de Sajonia; pero aunque realmente le ayudasen y pusiesen á su servicio 40,000 hombres, que era todo lo que podía esperarse de ellos, ¿qué sería esto en frente de tantos enemigos?

Por lo pronto, á principios de 1701, protestó contra el testamento, y mandó reunir un ejército, que debía principiar por apoderarse del Milanesado; pero este adversario poco trabajo habría dado á Luis XIV si no se le hubiera suscitado otro más temible, Guillermo III, el cual no necesitó que la embajada enviada por el emperador llamara su atención sobre el peligro que ofrecía para la libertad política y religiosa de Europa el aumento colosal del poder de los Borbones, porque en su correspondencia con sus amigos en noviembre de 1700 había expresado ya su pena é indignación por la descarada violación del tratado de repartición por la Francia.

Por el momento tenía Guillermo las manos atadas. La Holanda gemía bajo la carga abrumadora de grandes deudas y además la desanimaba la actitud desfavorable á la guerra de la nación inglesa, que se felicitaba hasta de la subida al trono de España del duque de Anjou, porque tenía la esperanza de que Luis XIV compraría el beneplácito de las potencias marítimas con nuevas y pingües concesiones mercantiles y algunas territoriales importantes. Una opinión idéntica prevalecía también en Holanda. De todos modos se prefería en ambos países el establecimiento de una línea segunda francesa en la España no desmembrada, á la cesión directa á la Francia de los Países Bajos españoles y de la Italia española como se estipulaba en el tratado de repartición. Las elecciones para la cámara de los comunes se hicieron á principios del año 1701 bajo la impresión general de que Guillermo había perjudicado los intereses nacionales ingleses para favorecer al emperador; y así salió una mayoría tory.

En tan críticas circunstancias, Guillermo había perdido ya toda esperanza de poder oponerse al invencible rey de Francia, cuando este mismo allanó á su eterno adversario el camino de lograr su intento. Poco habría costado á Luis XIV obtener la neutralidad de las dos potencias. Habría bastado para ello un pequeño simulacro de condescendencia juntamente con un poco de destreza; pero Luis, envalentonado y henchido de orgullo á causa del magnífico éxito de sus ambiciosos proyectos, ya no se acordaba de los reveses sufridos en los últimos diez años y se presentó á la edad de 62 años tan brutalmente insolente y despreciador de todo derecho ajeno como se había mostrado á los veinte y á los cuarenta. Se conocía que los descalabros sufridos en la última guerra no le habían servido de escarmiento; que había cedido á la necesidad, pero no había cambiado su índole, porque á la sazón no podía culpársele á ningún Lyonne, Colbert ni Louvois del incalificable descaro de la política francesa. La raza de los grandes ministros se había extinguido, y entonces menos que nunca dejábase guiar Luis por consejos de otros. Torcy, su ministro de negocios extranjeros, con todo su talento y destreza de diplomático no influía para nada en el ánimo del rey, á causa de su juventud; Ponchartrain, el canciller, á pesar de sus grandes dotes no tenía

tampoco influencia por su ambición inquieta y su constante envidia; Chamillart, el protegido de la Maintenon, á la vez ministro de hacienda y de la guerra, era tan nulo en un ramo como en el otro, y lo mismo sucedía á los otros dos ministros, los duques de Beauvilliers y de Chevreuse, hombres devotos, voluntariosos pero sin talento. Claro es que entre tales hombres no había idea ni resolución que no procediese directamente del rey.

A principios de febrero de 1701 Luis XIV, en lugar de halagar y contentar á las potencias marítimas, les mostró lo que podían esperar de él en la prosperidad, teniendo á su disposición y manejando los asuntos de España. A consecuencia de un convenio entre España y Holanda, esta daba guarnición á las fortalezas meridionales de la Bélgica para asegurar mejor todos los Países Bajos contra cualquier ataque por el lado de la Francia. Pues bien, sin aviso previo y en connivencia con el príncipe elector, lugarteniente del rey de España, las tropas francesas sorprendieron en una sola y misma noche á todas estas plazas y sus guarniciones, las cuales fueron llevadas prisioneras. Como de costumbre motivó Luis este acto de fuerza diciendo que se veía amenazado por la república holandesa; y esta, aislada como se hallaba, tuvo que comprar la libertad de sus mejores regimientos con la renuncia del derecho de guarnecer las citadas plazas, y con el reconocimiento de Felipe V como rey de España. A haber podido contar con la cooperación inglesa, otra cosa hubiera hecho.

Guillermo III vió en toda su intensidad el peligro que amenazaba al mundo en la monarquía universal del rey Borbon, y resuelto como siempre á oponerse á ella, no se dió punto de reposo hasta lograr interesar en su proyecto á la nación inglesa. En este trabajo lento, prudente, tenaz, hábil y sagaz, que por sí solo basta para hacer á su autor célebre por todos los siglos, fué valerosamente auxiliado por Heinsius, gran pensionario de Holanda, cuyo talento, patriotismo y fidelidad jamás se apreciarán bastante.

Puestos de acuerdo, dispusieron que los Estados Generales de los Países Bajos solicitasen el apoyo del gobierno inglés en las negociaciones que se estaban siguiendo en el Haya con el gobierno francés por medio de su representante acreditado cerca de la república, sobre las seguridades que se habían de dar á esta última después de renunciar al derecho de guarnición en las fortalezas belgas citadas. A esto no podía negarse el parlamento inglés, porque la solicitud se hacía conforme y en virtud de antiguos tratados de defensa mutua entre ambos países, y así quedó autorizado el gobierno inglés á tomar parte en las citadas negociaciones.

Hecho esto, era preciso asegurar la sucesión al trono de Inglaterra que convenía recayera en una familia protestante; porque no teniendo sucesión el rey Guillermo, y habiendo muerto el único hijo de su heredera presunta, la princesa Ana, y con él el último miembro protestante de la familia Estuarda, quedaba el trono vacante si aquella princesa y Guillermo morían. Designóse pues para heredera de la corona de Inglaterra la casa de Hannover que descendía por una de sus ascendientes del rey Jacobo I.

Estando las cosas así, no tardaron en agriarse las negociaciones que se seguían en el Haya, porque Luis XIV, enterado de las inclinaciones pacíficas del partido tory que dominaba en el parlamento inglés, se negó á toda concesión de su parte. Lo que pedían la Holanda y la Inglaterra era sin embargo tan modesto y tan racional, comparado con las ventajas estipuladas en los dos convenios de repartición, y tan conforme con los intereses de ambas naciones, que en ninguna de ellas se alzó la menor objeción contra ello.

Pedían las dos potencias amigas que la Francia retirara

inmediatamente sus tropas del territorio belga y que concediera á la Holanda el derecho ampliado y nuevamente garantido de guarnecer y fortificar las plazas más convenientes en la frontera meridional de Bélgica, y á la Inglaterra el mismo derecho respecto de las dos plazas marítimas belgas de Nieupoort y Ostende. Además solicitaban para los súbditos de ambos países las mismas ventajas mercantiles en España que se habían concedido á los franceses; y finalmente exigían de Luis y de Felipe V, una declaración en la cual se obligasen solemnemente á no reunir jamás en una sola las dos monarquías francesa y española, y á indemnizar al emperador por sus derechos á la herencia española con algún territorio de esta última monarquía.

La Holanda, en apoyo de sus intereses nacionales, preparó un ejército de 103,000 hombres; pero la mayoría tory de la cámara inglesa, en lugar de imitarla, dejó pasar en la inacción muchas semanas, que hubieran podido decidir de la suerte de Europa por muchos decenios, y quizás para siempre, disputando con los ex ministros whigs y con la mayoría whig de la cámara de los lores sobre puntos fútiles; y cuando Luis XIV en vista de esta inacción se negó rotundamente á todas las exigencias políticas de las dos potencias, dejando entrever que á lo más entraría en negociaciones sobre tratados de comercio, votó la cámara de los comunes para el monarca la ridícula suma de 300,000 libras esterlinas para el armamento en pie de guerra.

Naturalmente creció con esto la arrogancia del rey francés de día en día. Pidió que el embajador inglés solo asistiera á las conferencias del Haya sin voz ni voto, pretensión que rechazó la república holandesa con indignación, declarando á la Inglaterra con gran energía que jamás haría convenio alguno sin ella, pero que en cambio esperaba de ella su auxilio de aliada en el caso que la Francia se empeñara en no cumplir los tratados existentes. El comportamiento brutal é insolente del monarca francés había excitado entre tanto la opinión pública de Inglaterra, hasta tal grado que los mismos tories, para conservar su prestigio, hubieron de acceder en mayo de 1701 á lo que pedía la Holanda de su aliada, y ofrecer al rey su auxilio para el sostenimiento de la paz europea.

Así logró Guillermo arrastrar poco á poco á la Inglaterra, á pesar suyo, á la política anti francesa; y fundándose en la última votación de la cámara de los comunes respecto del apoyo en favor de la paz general, solicitó la asistencia de un plenipotenciario del emperador á las conferencias del Haya, no obstante que á la sazón el emperador estaba ya en guerra con la Francia. El embajador francés, conde de Avaux rechazó rotundamente la exigencia de Guillermo III.

Mientras se iban ensanchando cada día más las diferencias entre las potencias marítimas y la Francia por cuestiones puramente políticas, se pasaba en el terreno mercantil á una hostilidad declarada; porque en lugar de concederse las ventajas mercantiles prometidas á los holandeses é ingleses en el segundo convenio de repartición, tomaba el gobierno francés disposiciones para excluir definitivamente á estas dos naciones de todo comercio con las colonias españolas, en provecho exclusivo de los negociantes franceses, que en su consecuencia se ocupaban ya en la formación de sociedades que con privilegio exclusivo de Felipe V debían explotar las colonias y establecimientos españoles en América, África y Asia.

Para comprender todo el efecto que semejantes medidas produjeron en Inglaterra y Holanda, es preciso tener presentes los celos implacables con que en aquella época se miraban estas tres naciones del Occidente en todo lo relativo á intereses mercantiles, que en realidad eran la base casi

exclusiva de la prosperidad y poderío de las dos potencias marítimas entre las tres, y las mayores ventajas que sacaban eran cabalmente del comercio con las colonias españolas. La agitación que produjeron las disposiciones francesas en el pueblo inglés fué verdaderamente extraordinaria; los ingleses no quisieron dejarse tiranizar y vender por mas tiempo ni por una mayoría accidental de un parlamento, ni por un rey, Estuardo ó de otra raza. Diariamente llovian peticiones presentadas por centenares de electores á la cámara de los comunes solicitando directamente la guerra con la Francia; respecto de este punto no habia mas que una sola voz en toda la nacion; de modo que la mayoría tory, so pena de comprometer su seguridad personal, no pudo ya oponerse á la corriente y clamoreo general.

Este momento aprovechó Guillermo para cerrar en julio de 1701 las conferencias del Haya que ningun resultado prometian y que ya nadie tomaba por lo serio, para tratar directamente con el emperador de Alemania. Ya sabia, y con él los hombres de Estado de Holanda, lo que se ganaba con tener consideraciones y amistad con el monarca francés. Luis XIV á la sazón, no contento con haber trasformado la España en provincia francesa con su ingerencia dictatorial en la política interior y exterior de la monarquía española, queria explotar este país en sentido mercantil en beneficio de la Francia y en perjuicio de las potencias marítimas.

Estas últimas, no pensaban por lo pronto en hacer lo imposible, es decir, en arrancar la España propiamente dicha de manos del Borbon Felipe, á quien con tanto entusiasmo habia recibido el país; pero respecto de los demas territorios mostráronse muy generosas para con el emperador si se aliaba con ellas; y para este caso le prometieron ayudarle á conquistar el Milanesado, Nápoles, Sicilia y los Países Bajos españoles. En contra de este plan y empleando toda clase de intrigas trabajaba en la corte de Viena el partido de los jesuitas, protector de Luis XIV, y que conservaba al propio tiempo toda su acostumbrada influencia sobre el devoto y fanático emperador, al cual quiso espantar hasta con el escrúpulo religioso de asociarse con países herejes. Por fortuna esta vez, en la mente del ya anciano monarca, el cariño que tenia á su amado y predilecto hijo Carlos, y las razones de su hijo mayor José que ardía en deseos de reconquistar para el trono imperial la posicion superior é imperante que antiguamente habia gozado, pesaron y pudieron mas que todas las objeciones de la gente vendida ó protectora de los intereses franceses. Así en 7 de setiembre de 1701 firmóse en el Haya entre el emperador, la Inglaterra y Holanda la llamada «Grande Alianza», con la cual se hallaron frente á frente en compactas filas por un lado la Europa germánica y por otro la romana. El lector dirá si nos equivocamos al sostener la opinion de que esta vez representaba y defendía el partido germánico la independencia y libertad individual de los pueblos de toda la Europa.

Esta alianza, en la cual Inglaterra y Holanda se comprometian á auxiliar al emperador en su guerra con la Francia, para el logro de fines especiales, no implicaba todavía ninguna hostilidad hácia la Francia, segun los principios singulares de la teoría del derecho internacional de aquella época. Si degeneró luego en hostilidad verdadera y abierta, seguida de una declaracion formal y decisiva de guerra, dando con esto á Guillermo los medios de arrojar en la balanza toda la fuerza de la nacion inglesa, se debió exclusivamente al mismo Luis XIV que con su orgullo ciego atrajo sobre su país tan gran calamidad á pesar de todos los consejos y advertencias prudentes que se le dirigieron. Dos años hacia ya que el conde de Tallard, su embajador en Lóndres, le suplicaba que no hiriese de ningun modo la susceptibilidad, ni

el honor, ni los intereses de la nacion inglesa, porque en tal caso era seguro que se levantaria como un solo hombre y sacrificaria hasta el último céntimo para vengar la afrenta. Tan léjos estaba Luis en su vanidad y presuncion de admitir semejantes advertencias, que creia de su deber castigar á la Inglaterra por haber entrado en la Grande Alianza, ó por lo menos atemorizarla tanto, que acabara por renegar de su rey Guillermo, y dar lugar á la formacion de un partido poderoso adversario suyo. Puso manos á la obra y empezó por dos disposiciones que hirieron en lo mas vivo el honor y los intereses de la Inglaterra. Consistió la primera en la prohibicion de introducir y gastar en Francia artículos ingleses de minería y manufacturados, es decir, los géneros que cabalmente constituian la masa de la exportacion de Inglaterra. La segunda disposicion fué reconocer solemnemente por rey legítimo de Inglaterra, Escocia é Irlanda, á la muerte de Jacobo II, ocurrida en 16 de setiembre de 1701, al hijo de este que llevaba el mismo nombre que su padre, reconocimiento hecho en contravencion á lo que el mismo Luis habia prometido y solemnemente pactado en la paz de Ryswyk, en la cual habia reconocido á Guillermo III como rey de Inglaterra, obligándose tambien á no prestar jamás el menor apoyo á ningun Estuardo. Por supuesto que poco mal hacia con esto, pero no paró allí su rabia tan feroz como ciega. El rey y el parlamento inglés acababan entonces de fijar de consuno y legalmente la sucesion al trono de Inglaterra, cuando ocurrió á Luis XIV, cual si fuera amo de aquel país, la idea de declarar nula esta nueva ley.

¡Equivocado anduvo, si creia que con tales hazañas renovarían sucesos de una época que habia ya pasado, es decir, un levantamiento jacobita! Muy al contrario, ante tamaño insulto, arrojado á la cara de la nacion inglesa, queriéndose erigir un presuntuoso extranjero en juez supremo de asuntos puramente ingleses, desapareció tan completamente el jacobismo que hasta individuos prominentes de este partido se pusieron francamente del lado de Guillermo para vengar el honor nacional ofendido. Indescribible fué el entusiasmo que estalló en todas partes en favor de Guillermo: un diluvio de felicitaciones y seguridades de fidelidad llovió sobre el rey de Inglaterra, que recogia entonces lo que habia sembrado con tanta sabiduría, perseverancia, arrojo y prevision. Mas que nunca parecian identificadas y representadas en su persona la patria y la religion del pueblo inglés. ¡Al fin triunfaba Guillermo III!

Aprovechó Guillermo este momento tan favorable para tomar el desquite de los disgustos, obstáculos y pesares que hasta entonces le habia dado el partido tory. Disolvió el parlamento, y las elecciones nuevas dieron la victoria al partido del rey, que con este apoyo pudo hacer entrar en el ministerio en enero de 1702 algunos whigs amigos suyos; pero whigs y tories rivalizaron en poner á disposicion del rey los recursos de la nacion. Ya en otoño del año anterior habia celebrado Guillermo tratados con Suecia y Dinamarca que á cambio de subsidios se comprometieron á facilitar fuerzas armadas, y otro de paz y proteccion mutuas y eternas entre Inglaterra y Holanda. El parlamento inglés puso á disposicion del rey un ejército terrestre de 40,000 hombres y una escuadra de cien navios sin los buques menores.

En lo mejor de su triunfo por tanto tiempo esperado cayó gravemente enfermo el rey á consecuencia de una caída de caballo, demasiado fuerte para su constitucion notoriamente débil desde la cuna; y en 19 de marzo de 1702 pasó á mejor vida. Último descendiente del gran príncipe Guillermo el «Taciturno», habia llegado á ser el fundador de la libertad de Holanda y el salvador de la Inglaterra y de toda la Europa. De Inglaterra habia expulsado la monarquía anti-nacional

de los Estuardos que querian aniquilar la religion y la constitucion del país, y al mismo tiempo habia libertado á la Europa del despotismo y tiranía francesa. Murió el autor, pero sobrevivió su obra, cuyas consecuencias bienhechoras se sienten aun hoy en todos los países civilizados; y si en vida suya la humanidad no supo conocer y aquilatar su mérito, la posteridad ha pagado esta deuda como el gran genio de Guillermo merecia.

Muy mezquino é insignificante hubo de presentarse con

frecuencia Guillermo en frente de su rival y adversario Luis XIV en punto á boato exterior y fuerza; pero ¡cuán superior no le era bajo otros conceptos: ¿Dónde está ahora la obra de Luis XIV y dónde la de Guillermo? Aquella desapareció y esta vive, vivirá y fructificará. Y es que Luis XIV representaba el principio de la fuerza mayor, brutal, atropelladora; y Guillermo III las ideas mas nobles y elevadas de la humanidad.

Sin ninguna dificultad ni objecion de nadie fué proclama-



La reina Ana de Inglaterra

Copia de un grabado al aguafuerte de J. Smith, sacada del retrato original pintado por G. Kneller

da y reconocida reina de Inglaterra su cuñada y sucesora legítima la princesa Ana, uno de cuyos primeros actos fué la declaracion oficial de guerra á la Francia. No solo como aliada del Austria, sino como potencia independiente quiso entrar el pueblo inglés en la grandiosa lucha que iba á conmover la Europa.

Entre el emperador y Luis XIV hacia ya un año que corria la sangre. En mayo de 1701 el príncipe Eugenio habia ya reunido 30,000 hombres de tropas imperiales en el Mediodía del Tirol, prontos á invadir y conquistar el ducado de Milan como feudo vacante del imperio. Era esta comision un problema de difícil solucion. El Austria no tenia entonces ni un solo aliado, porque los dos vecinos del Milanesado, los duques de Mantua y de Saboya, eran partidarios de Luis XIV.

El mariscal Catinat, general de mucha pericia y confianza, sobre todo en situaciones difíciles, y conocido ya por sus victorias de Staffarda y Marsaglia, mandaba en aquel territorio las tropas francesas y estaba autorizado por el gobierno de Venecia para penetrar en los dominios de la república y ocupar todos los pasos, puertos y desfiladeros que conducian desde el Tirol á las llanuras italianas. Catinat se habia aprovechado tan bien de este permiso, que sus muchas y fuertes posiciones y superioridad de fuerzas parecian hacer inútil

todo movimiento hostil de parte de los austriacos y condenar desde luego al príncipe Eugenio á la inaccion. Eugenio sin embargo no tardó en probar á su contrario que le era superior en arrojo y energia. Sabia tambien que si por el momento el emperador no tenia aliados en Italia, no tardaria en encontrarlos tan pronto como alcanzara algunas ventajas. El territorio veneciano estaba abierto para él lo mismo que para Catinat, y respecto del duque de Saboya, era evidente que en el fondo de su corazon estaba muy distante de querer sacrificarse por la causa de los Borbones que amenazaban rodear su ducado por todos lados. Además, supo engañar tan bien al enemigo acerca del camino que pensaba tomar para penetrar en Italia, que Catinat no tuvo mas remedio que diseminar sus fuerzas. Despues que las vió diseminadas condujo su ejército al llano de Verona por caminos por donde jamás habia pasado carruaje alguno y mucho menos tropa francesa. Al verse Catinat burlado de esta manera atrevidísima perdió todo el tino, no sabiendo por dónde coger al enemigo que seguia confundiéndole con sus marchas, contramarchas y maniobras hábiles. Simulando Eugenio el intento de penetrar directamente en el Milanesado, y cambiando luego en apariencia de plan dirigiendo sus tropas al Mediodía como contra Módena, volvió á obligar al mariscal francés á dividir sus tropas, hasta que en un momento favora-

ble se arrojó Eugenio sobre la division del conde de Tessé cerca de Carpi en 9 de julio y la derrotó completamente. Catinat profundamente desalentado y reconociendo la superioridad estratégica de su contrario, retiróse hasta detrás del Mincio, abandonando así al Austria toda la mitad oriental de la Alta Italia; pero Eugenio no se dió todavía por satisfecho, y faltó de almacenes, de plazas fuertes, de una manutención ordenada y sin base de operaciones á sus espaldas, fué avanzando sin cesar arrojando á Catinat de sus posiciones y obligándole á pasar al otro lado del Oglio.

Luis XIV, furioso de ver derrotadas sus tropas un día y otro día por los para él tan despreciables soldados del emperador, y convencido como estaba de la superioridad incomparable de los franceses, atribuyó todos los descalabros á la incapacidad de Catinat que por su franqueza é independencia de carácter se hallaba ya puesto en el índice de Versailles; y como sus subordinados procuraban también echar sus culpas sobre la cabeza del desgraciado jefe, Catinat fué reemplazado por Villeroy, favorito del rey, cortesano astuto, flexible, esclavo humilde de su amo y de la Maintenon, incapaz, ignorante, altanero y perverso para con sus inferiores. Apenas nombrado, anunció que arrojaría con suma facilidad al príncipe Eugenio otra vez á sus montañas tirolesas; y para ejecutarlo llevó consigo 32 batallones frescos que elevaron sus fuerzas al doble de las imperiales. Llegado que hubo al teatro de la lucha, atacó á los imperiales con gran ímpetu y fanfarronería en sus posiciones fuertes cerca de Chiari en 1.º de setiembre de 1701. Allí fué rechazado con grandísimas pérdidas; y como no se fiara ni del duque de Saboya, ni del lugarteniente español en Milan, el príncipe de Vaudemont, no se atrevió ya á hacer movimiento alguno y se mantuvo inmóvil, hasta que la falta de víveres le obligó á emprender la retirada. Eugenio ocupó todo el territorio del ducado enemigo de Mantua y puso cerco á la capital. Como solo por miedo se habían pasado á la Francia los potentados italianos, desertaban entonces del partido francés, y Mirándola y Mantua pasaron al del emperador.

En toda la Europa no se hablaba mas que de las victorias del príncipe Eugenio, que con fuerzas que no pasaban de la mitad de las francesas había vencido á un enemigo considerado invencible hasta entonces. Ventajas tan grandes facilitaron la formación definitiva de la «grande alianza», porque evidenciaron la excelente escuela que las tropas y jefes imperiales habían tenido en la guerra contra los turcos, y que el emperador era entonces un aliado mucho mas valioso que diez años antes.

Eugenio no se durmió sobre sus laureles. Incansable como era, ejecutó en febrero del año siguiente un golpe de mano que pinta bien su carácter atrevido y emprendedor. Penetró con pocos hombres disimuladamente en la fortaleza de Cremona, donde sorprendió al mariscal Villeroy y se le llevó prisionero antes que nadie pudiera advertirlo. La consecuencia fué que el ejército francés se retirara hasta al otro lado del Adda; pero fuera de esto no se sacó otra ventaja de tan atrevido golpe; muy al contrario, un general verdadero, el duque Luis de Vandoma (Vendome), reemplazó al incapaz mariscal Villeroy. Era este Vandoma biznieto del rey Enrique IV y de la bella Gabriela de Estrées. Suplía su falta absoluta de instrucción con su sagacidad penetrante, natural, su valor que rayaba en temeridad, genio emprendedor y perseverancia. Para sus soldados era un jefe leal, solícito y afable, tanto, que le idolatraban. Era por otro lado grosero hasta el cinismo, relajadísimo en sus costumbres, y de una indolencia tan grande que á menudo este defecto anulaba todas sus cualidades buenas. Empezó con la notable ventaja de tener á su disposición un ejército de 80,000 hom-

bres, franceses, españoles y piamonteses, mientras su contrario apenas contaba con 30,000, y sin esperanzas de recibir refuerzos, porque el anciano emperador Leopoldo se había vuelto niño; necios personajes con apellidos ilustres ocupaban los cargos mas elevados y mas importantes; y se distinguía entre todos por su mayor sandez, un príncipe de Fondi que como presidente del consejo de guerra no se cuidó de nada y dejó las cosas de su ramo en el abandono mas completo. Las pocas tropas que había sobre las armas tenían que buscarse por sí mismas el sustento, porque pasaban meses sin que recibieran una miserable paga; material de guerra no se daba ninguno, y hasta les faltaban á menudo pólvora y balas.

En tales circunstancias el príncipe Eugenio no pudo impedir que Vandoma con sus hábiles maniobras le obligara á retirarse haciéndole levantar el sitio de la fortaleza importante de Mantua. Apoderáronse los franceses también de Módena; pero Eugenio lejos de desanimarse, dejó que Vandoma dividiera su ejército para atacarle á él con el suyo, y entonces se arrojó sobre su division en agosto de 1702 cerca de Luzzara y le obligó á retirarse del campo de batalla. Con estos y otros movimientos hábiles logró sostenerse á la otra orilla del Adda. Vandoma, que se había lisonjeado de echar á su enemigo de Italia, tuvo que contentarse con mucho menos; y otro tanto sucedió á su adversario, el príncipe Eugenio, el cual se vió obligado á renunciar á la conquista de las plazas de Milan, Mantua y Módena que había contado ya como suyas. Su único consuelo fué que la culpa no era suya, sino de la sandez é incapacidad increíbles del gobierno imperial.

En este mismo año de 1702 salió la lucha ya de los estrechos límites de Italia; el desafío entre el emperador y el rey de Francia se había transformado en una guerra general, de una nueva y grande coalición.

Con la muerte de Guillermo III, último vástago directo de la familia de Orange, había caducado la dignidad de lugarteniente de las Provincias Unidas de los Países Bajos; pero el gran pensionario de aquellos Estados Generales, Heinsius, hombre prudente, circunspecto, minucioso hasta la pedantería, pero firme, tenaz, decidido y de una serenidad inquebrantable, siguió impertérrito la senda emprendida por él y por Guillermo III; y sin dejarse seducir por los cantos de sirena de Luis XIV, hizo que la república reuniera todas sus fuerzas y sacara todos sus recursos para no cejar y salir airosa de tan gigantesca lucha. No cabía tampoco otra cosa, porque el poder de la Francia amenazaba ya directamente á la Holanda libre; ya no separaba la Bélgica los dos países, sino que desde las mismas fortalezas casi inexpugnables belgas, las flores de lis amenazaban á las Provincias Unidas, mientras las estrechaban por el flanco desde el electorado de Colonia.

Importaba mucho hacer entrar en la alianza contra Francia á los príncipes soberanos del imperio alemán, ya para obtener de ellos contingentes de tropa, ya para que consintieran en declarar á nombre del imperio la guerra á Francia. El que se mostró mas fácil fué el rey Federico I de Prusia, que en sus regimientos solo veía una fuente de dinero, mientras su predecesor, el gran elector, había organizado y empleado su excelente ejército solo para el medro y bien de su Estado brandeburgués. Debía Federico al emperador, según convenio, solo un contingente de 8,000 hombres, y á haber sido hombre de talento en lugar de débil y amigo del dinero, debería haber dirigido toda su atención á las peripecias de la guerra que entonces llenaba ya la Europa septentrional con su estruendo. No era así, sin embargo; se dejó deslumbrar por las promesas huecas y por los subsidios sonantes de las potencias marítimas y les cedió su ejército todo, menos

los 8,000 hombres destinados al emperador, á fin de que hiciesen de él el uso que quisiesen. Así no era extraño que los beligerantes trataran como un mero enganchador de tropas, como un mercenario sin voz ni voto á este soberano, que daba 30,000 hombres á la coalición para emplearlos como mejor la parecía diseminándolos desde los campos de Italia hasta el Canal de la Mancha.

El soberano de Hanover no podía negar su entrada en la gran coalición, ya por haber sido agraciado por el emperador con la dignidad de príncipe elector noveno, creada expresamente para él, ya por la sucesión al trono de Inglaterra vinculada recientemente en su familia.

El príncipe elector del Palatinado y su país no habían olvidado el ataque de los franceses del año 1688, ni perdonado á sus parientes, los príncipes electores de Baviera, el haberse apoderado en la guerra de los Treinta años, del Palatinado Alto; y así ambas causas arrojaron en brazos de la coalición á esta familia, tan poderosa en la cuenca alta y media del Rhin.

Los príncipes electores, arzobispos de Maguncia y de Tréveris, se mostraron desde luego fieles al Austria, pero sin muchas ganas de patentizarlo con hechos, siendo por otra parte también escasas las fuerzas de que disponían. Dinamarca y Sajonia eran igualmente adictas al emperador, bien que esta última potencia no servía de ninguna ayuda para la coalición, ocupada como estaba en Polonia en su guerra con los suecos. También lograron las potencias marítimas, gracias á la actividad incansable de sus embajadores y agentes, y á los medios pecuniarios que en ninguna parte escaseaban, la cooperación de los Estados grandes, medios y pequeños de la Alemania meridional, bien que muchos se resistían á dar su voto á una guerra del imperio contra la Francia por el temor de ver invadidos de nuevo sus territorios por la soldadesca francesa.

Abrióse la campaña en la misma Alemania bajo muy buenos auspicios contra los duques de Brunswick-Wolfenbüttel, traidores al imperio y aliados de los franceses. Tropas hano-verianas y de Zelle entraron por orden del emperador en sus territorios, dispersaron sus batallones y ocuparon sus plazas fuertes en marzo de 1702; con lo cual hubieron de renunciar los dos duques á su alianza con la Francia y someterse al imperio. Igual suerte cupo al príncipe elector arzobispo de Colonia José Clemente, otro de los aliados de los franceses y traidores á la Alemania; su territorio fué ocupado por regimientos holandeses y brandeburgueses, que tomaron la ciudad de Kaiserswerth y procedieron al sitio de las demás plazas fuertes.

Entre tanto tampoco se había dormido Luis XIV, que había organizado nuevas fuerzas y enviado á Bélgica su ejército principal de 90,000 hombres á las órdenes del mariscal de Boufflers. Es preciso convenir en que esta vez no había sido feliz el monarca francés ni en la elección del general, ni en la del plan de campaña. Boufflers, el defensor de Namur, era militar valiente, decidido, que no conocía el miedo, y también hábil para mandar pequeñas divisiones; pero le faltaba el gran golpe de vista, la concepción de planes vastos, la movilidad de ideas y prontitud de empresa que son las cualidades características de los grandes capitanes. Adoptó el sistema de defensa tan comun en esta guerra, á saber, el de líneas fortificadas, tan dilatadas que abarcaban provincias enteras, teniendo á menudo mas de veinte leguas de longitud, y adaptadas con gran minuciosidad á los accidentes naturales del terreno. Se llamaban *líneas*, y esta vez no tardaron en resultar funestísimas. Insuficientes para la defensa, pues su longitud obligaba á diseminar las fuerzas y facilitaba al enemigo á favor de algunas maniobras hábiles,

el arrollarlas y traspasarlas, eran al propio tiempo defectuosas y un estorbo para la ofensiva, porque no podían abandonarse y disminuían así el número de tropa destinado al ataque. A pesar de tamaños inconvenientes no supieron abandonar este sistema los generales enviados á los Países-Bajos españoles. Agregóse á esto que Boufflers tampoco supo aprovechar la inmensa superioridad moral y material que al abrirse la campaña tenía sobre los generales del ejército aliado, siempre desunidos y faltos de una dirección comun eficaz.

Por fortuna para la causa de los aliados se encargó del mando en jefe de sus fuerzas el general mas eminente de su época, Juan Churchill, conde y despues duque de Marlborough. Guillermo, poco antes de su muerte, le había elegido y destinado para mandar el ejército anglo-holandés, y había sido aprobada su elección para tan importantísimo puesto por los Estados Generales de las Provincias Unidas en contra de todas las intrigas y envidias de los oficiales holandeses.

Era Marlborough hijo de una familia noble legitimista; había nacido en el año 1650, y debió su carrera á la circunstancia poco envidiable de que su hermana mayor Arabela fué querida del duque de York, despues Jacobo II. Muy jóven, sin instrucción ninguna, distinguióse por su incomparable belleza física y finos modales, que luego le hicieron el «primer elegante de Europa.» Subió rápidamente en grados militares formándose en la escuela y á las órdenes de los Turena y Condé. De vuelta de aquellas campañas con el grado de comandante, fué el bello jóven el favorito de las señoras de la corte, pero principalmente de Clara Jennings, la dama predilecta de la princesa Ana. Cierto que el móvil primero y principal del casamiento de Marlborough con la señorita Jennings fué por parte de éste el cálculo, pero al propio tiempo profesaba á su esposa un amor verdadero. Era mujer hermosísima, y con su incomparable hermosura corrían parejas su inteligencia, su agudeza y amabilidad, y por desgracia también su altanería, iracundia é insaciable ambición. Churchill, ó sea despues Marlborough, colmado de favores y distinciones por Jacobo II vió, sin embargo, que este monarca corría con su conducta necia á su inevitable ruina, y determinó pasarse en el momento decisivo al bando contrario. Fué, pues, el primer jefe de graduación que abandonó á su bienhechor para pasarse al príncipe de Orange, mientras su esposa persuadía á la princesa á que hiciera otro tanto. Guillermo III recompensó su traición con el título de conde de Marlborough, y el agraciado trató de merecerlo distinguiéndose notablemente en la campaña contra los franceses en los Países Bajos. Poco á poco llegó á disminuirse la popularidad de Guillermo en Inglaterra, tanto que empezaba ya á dibujarse en el horizonte la posibilidad de la vuelta de los Estuardos; y deseoso de asegurarse una salida para este evento, entabló Marlborough relaciones con Jacobo II, prometiendo mucho, pero determinado á no cumplir nada por su iniciativa propia. Descubrióse esta correspondencia criminal en 1692; el conde fué preso y se le formó causa de alta traición; mas á falta de pruebas suficientes de culpabilidad, fué puesto en libertad, aunque inhabilitado para todo empleo. No obstante, habiendo observado Guillermo sus relevantes dotes militares y diplomáticas, que este rey sabía apreciar como merecían, y no siendo ya peligrosos los Estuardos despues de la paz de Ryswyk, devolvió todas sus dignidades, honores y cargos. Por su esposa gozaba de la protección particular de la princesa Ana, la cual le conservó su favor cuando muerto Guillermo subió al trono de Inglaterra. Con tan fuerte protección logró Marlborough en 1702 que el suegro de su hija mayor lord Godolphin fuese nombrado tesorero general ó sea primer ministro.